

Simpatía...

Viene de la página 1

Locarno fue el primer gran paso dado hacia la resolución voluntaria y jurídica de la terrible situación de fuerza y de hecho creada por la guerra imperialista y por el Tratado de Versalles que la coronó. El sistema de garantía colectiva bilateral que ofrecían Inglaterra e Italia representaba un enorme progreso en el derecho internacional. Por primera vez en la historia no se trataba de una alianza a favor de tal o cual nación sino de la obligación de hacer cumplir un pacto de paz contra cualquiera de las naciones firmantes que lo violara. Es por eso que el nombre de Locarno se volvió genérico y sinónimo de buen acuerdo y de garantía colectiva. Así se habló de un "Locarno Oriental", de un "Locarno Balcánico", de un "Locarno Mediterráneo", etc.

Este gran paso en pro de la paz, aunque deficiente como tiene que ser todo acuerdo dentro de un sistema de competencias comerciales imperialistas es el que ha venido a retroceder Hitler, como un avance electoral ante una masa popular que empieza a repudiarlo. Distráer esa opinión hacia afuera, galvanizar su sentimiento materialista, ha sido la verdadera maniobra de Hitler, aun cuando para eso haga temblar en sus cimientos la paz mundial. «La guerra» decía hace poco un gran escritor—es la aplicación de la doctrina fascista. Es la indispensable válvula de escape a su exaltación, la prueba necesaria a su disciplina. La

guerra es también la consecuencia normal de la autarquía fascista, la consagración histórica de su fuerza. Así fue para las dictaduras cesáreas de antaño y así será para las dictaduras «totalitarias» de hoy; el engranaje es irresistible. Por sus caracteres psicológicos y por su organización técnica, el fascismo es un régimen de guerra. Sólo puede durar en una atmósfera ficticia o real de victorias continuas. Y como siempre llega el momento en que las construcciones y los cortejos, los discursos y las palabras no bastan ya para dar a la multitud esclavizada el estremecimiento compensador de la victoria colectiva, se hacen indispensables la sangre y la guerra.»

Acosados por la miseria que hace tambalear el régimen fascista en sus respectivos países. Mussolini y Hitler se hallan ya en ese callejón sin salida de la guerra. Eso es el verdadero significado de las agresiones de Etiopía y de Renania y no "el afán civilizador", ni el "gusto liberador" que nuestros simples quieren ver en los acontecimientos inquietantes que estamos viviendo.

La unidad... V. de p. 5a.

manejo por Mons. Chiarlo. Dicen que la unidad de que en estos momentos goza la Iglesia de Costa Rica es obra de este Monseñor diplomático del Vaticano y residente en Costa Rica. No fue, pues, el de los Evangelios de Jesús el eje de la empresa de Monseñor, sino un candidato para la presidencia de la República: León Cortés, de Alajuela. Quién le iba a decir al Presidente electo cuando no creía en los artículos de la fe de la Iglesia Católica, en que un día iba a ser llevado al solio presidencial de la mano de un alto sacerdote?

V. de p. 5a. Pasa a 5ª col. de esta página

comentamos el 2º Reportaje...

Viene de la página 1a.

tro criterio de las clases. La burguesía que en su época fue una clase revolucionaria; la burguesía que hizo rodar sobre los cadalsos las cabezas de dos reyes y las de muchos miles de duques duques barones y marqueses; esa burguesía, destruyó la estructuración clasista feudal y creó la estructuración que conocemos dentro del sistema capitalista. Dentro de este sistema ya no encontramos nobles, siervos, artesanos, etc. La cosa se ha simplificado; ahora encontramos explotadores y explotados: capitalistas por un lado, y trabajadores, pequeños productores, pequeños propietarios, empleados públicos y de comercio, etc., por el otro.

Más claro todavía: Un grupo social integrado por unos cuantos grandes terratenientes, grandes banqueros y grandes importadores (en nuestro medio) y el resto del país que vive expoliado por ese grupo. Este es el criterio que nosotros tenemos de las clases; y como se ve no es un criterio elaborado caprichosamente, sino arraigado de la realidad misma de la vida social. Para pertenecer al grupo dominante no se requiere un nombre cargado de tradiciones heráldicas; ni tener la vida modelada por una verdadera cultura. Un ignorante adiván puede llegar a ser un capitalista; un hombre de cualquier tamaño y de cualquier color puede llegar a ser capitalista. Eso sí, en cuanto hombre llega a capitalista ya tiene echados de pa-

za a sus plantas a centenares de literatos, de sabios y de políticos.

Pruebas.

No es ése el panorama que tenemos a la vista en nuestro país? No hemos visto en Costa Rica—sobre todo en los últimos tiempos—una lucha encarnizada entre un grupo de adinerados y el pueblo de Costa Rica por el alza o la baja del cambio? No hemos visto a un Congreso y a un Gobierno legislando en favor de los grandes terratenientes del país con perjuicio de las grandes mayorías populares medio muertas de hambre? La prensa burguesa ha tenido que reconocer el fenómeno; en la misma Prensa Libre hemos oído las más encendidas diatribas contra el grupo de grandes terratenientes que arruinan sin el menor escúpulo en su afán de hacer ganancias. Pero algo todavía más elocuente: repásese el estudio que los técnicos del Instituto Nacional Agrario en Costa Rica, y constátese como están de bien delimitados los grupos de propietarios en nuestro país; y cómo en cuatro cantones de San José, sólo 27 propietarios auténticos hay a pesar de ser 1500 el número de gentes poseedoras de tierra. Así es como los marxistas enfocamos el problema de las clases. El criterio feudal que el señor Cortés nos atribuye, pasó a la historia. Nosotros sabemos de sobra que su Europa y en los Estados Unidos hay príncipes lavando platos en los grandes

hoteles. Esos príncipes para nosotros pertenecen a la clase explotada.

Explotación y explotadores

Ahora bien, puede un individuo de la clase explotada llegar a formar parte de la clase explotadora y viceversa? Si puede ocurrir eso. Sin embargo, el problema sigue planteado de la misma manera. Siempre continuará el fenómeno de la explotación de las grandes mayorías productoras por una minoría parasitaria; y es el fenómeno mismo de la explotación lo que debe interesar a cualquier estudiante de sociología realista. Que sea fulano o mengano el explotador es secundario; lo primario es que la explotación existe. Y la explotación seguirá existiendo mientras el régimen capitalista que para nosotros es una simple categoría económica de la sociedad en su proceso evolutivo, se mantenga en pie. Por eso los comunistas—al revés de lo que piensan nuestros enemigos ignorantes—enfocamos nuestros fuegos contra el régimen fundamentalmente. El capitalista en lo personal nos importa poco; lo que nos importa es el sistema económico que permite que ese capitalista haga sus utilidades con la miseria de las masas. Pero aparte de todos estos razonamientos, nosotros queríamos que se nos contestara concretamente lo siguiente: que es más posible dentro del sistema capitalista: que un hombre pobre pase a ser capitalista, o que un hombre acomodado se arruine y pase a ocupar lugar en las filas de los explotados?

Un criterio político de las clases.

El señor Cortés tiene un criterio puramente político de las clases, y la política es un fenómeno consecuencial y no fundamental a la sociedad. Para el señor Cortés pasar de la clase inferior a la superior, consiste en llegar a ocupar posiciones políticas destacadas: la Presidencia de la República, Ministerios, diputaciones, etc. Sin embargo en cualquier país donde manda el capital, ningún hombre surge políticamente por sus capacidades sino por su mayor o menor docilidad al capital. La prueba es que ya es axiomático en Costa Rica que el candidato que tiene más dinero es el que triunfa. Nuestros Congressos y las llamadas altas esferas, no están integradas por los hombres más capacitados, sino, con muy raras excepciones, por los hombres más mediocres. Los incondicionales de los explotadores, son los que surgen. Pudo darse el caso de que coincidieran las capacidades de un hombre con los intereses del capital. Pero ese hombre ya en una alta posición no puede hacer otra cosa por más capacitado que sea que complacer los intereses de la clase que lo levantó en sus hombros. Más concretamente: el hecho de que un hombre humilde pueda llegar a la Presidencia de la República en Costa Rica, no significa que no haya un puñado de terratenientes en nuestro país oriéndolo sobre la base de la explotación más infame del pueblo. El pueblo ganaría más con que se le pusiera al margen de la miseria y de la explotación, que con tener por delante la remota posibilidad de que uno de sus hijos llegue a ocupar una posición en el Gobierno, en la cual no podrá ser otra cosa que un servidor de sus explotadores cargado de copeletes. El mismo Presidente Cortés, al llegar a la Presidencia, ha tomado en cuenta las capacidades de los hombres para gobernar? No, ha tomado en cuenta particularmente los intereses capitalistas que jugaron papel importante en su campaña; y en ge-

neral los intereses de la clase capitalista. Su política la definió su Ministro de Educación, el terrateniente Luis Dobles Segreda: «barrer todo lo que fuera a comunistas»; es decir, "barrer todo lo que estorbe a la clase capitalista." Podrá hacer algo el señor Cortés contra los grandes tagarotes? No, él sabe que nada puede hacer contra ellos. Está todavía fresca la experiencia del señor González Flores. El gobernante que intente hacer algo contra los poderosos, se cae, porque gobernar en un país capitalista es cuidar los intereses de la clase dominante en su conjunto. Para que un gobierno pudiera meter en cintura a los poderosos, ese Gobierno tendría que ser producto de un movimiento de masas conscientes. Es decir, tendría que ser un gobierno de la clase oprimida, respaldado por la fuerza numérica de ésta. Un Gobierno que obtiene cincuenta mil votos que en el fondo no son otra cosa que quinientos mil colonas, no cuenta con un auténtico respaldo popular y está condenado a ser un peleele de los que pusieron esos quinientos mil colonas. Este es el sentido que para nosotros tiene la expresión «gobierno de clase». Cuando decimos "el poder para la clase trabajadora" no estamos abogando porque gobiernen individuos que de gobierno no saben nada, sino hombres capacitados, pero que sirvan ante todo los intereses de las mayorías explotadas y no los del puñado de potentados y de banqueros a que nos hemos referido.

Marx y el presente

Una cosa más tenemos que agregar. Dice el señor Cortés que cuando Marx escribió el Manifiesto de 1847 tenía enfrente una realidad muy distinta de la actual y que ni siquiera pudo sospechar que el problema de clases iba a ser transformado al aparecer el sufragio universal. Este es también un error tremendo. Marx no ha elaborado fórmulas, Marx lo que hizo fue estudiar las leyes que rigen el desenvolvimiento económico de la sociedad. Para eso no tenía necesidad de tomar en cuenta fenómenos de orden político. Los fenómenos de orden político están subordinados a los fenómenos de orden económico. El sufragio universal—por ejemplo—es una conquista política de la burguesía que respondió a una transformación económica de la sociedad. Marx nació en 1821, y en 1793, la Revolución Francesa le había abierto paso al sufragio universal y a las otras conquistas de la democracia liberal. El sufragio universal fue durante los siglos 17 y 18 objeto de muchos libros y de grandes luchas de masas. Los Enciclopedistas, que fueron los «vóricos» de la Revolución Francesa, escribieron notables capítulos sobre el sufragio universal. Y la revolución cartista inglesa que tuvo lugar en 1837 reclamaba no sólo el sufragio universal, sino además el sufragio universal secreto. De manera que Marx si tuvo a la vista esa conquista política, ¡no sólo en teoría sino además en la realidad. Nadie ha estudiado mejor que Marx las revoluciones liberales francesas e inglesas. Pero—insistimos en eso—Marx no tenía necesidad de tomar en cuenta el sufragio universal para descubrir las leyes del desenvolvimiento de la sociedad capitalista.

El sufragio universal, por sí solo, no cambia la estructuración clasista de la sociedad. Porque el sufragio universal, sólo es un nombre. Mientras haya una clase dominante, el sufragio sólo será cierto para esa clase. Para las dominadas, será una farsa. En cuanto es posible que la clase

LA UNIDAD DE LA IGLE. V. de la 2ª col.

no es un clérigo anticuado, de aquellos que creían que su misión estaba en amar a los pobres. (Acaso el engrandecimiento de la Iglesia Católica es obra de los pobres. ¿Acaso el engrandecimiento de la Iglesia católica es obra de los pobres? No por cierto. Los pobres han servido a la Iglesia más como motivo decorativo que de otra cosa. Los mendigos pintados en los ventanales de los templos o en los cuadros religiosos en el momento de recibir la limosna de algún santo, no dan la impresión de gente humillada y sucia que producen en la realidad. Monseñor Chiarlo está muy lejos de parecerse a nuestro Padre Caballero, aquel viejecito moreno como el Cristo de Esquipollas que por muchos años fué cura de San Mateo. Ese era un viejecito sencillo que lo daba todo a los pobres y que hacía pensar en aquel San Roque cuya novena rezábamos de pequeños. Pero el Padre Caballero no sabía de política, y por lo tanto nunca hizo nada por el engrandecimiento material de su iglesia. Él no sabía sino de dar a los necesitados cuanto le caía en las manos. Por eso andaba con una sotana verde yraída que hubiera desentonado en la presencia de M. Chiarlo.

Con la caridad para los pobres la iglesia nada consigne. Lo que le da fuerza es apoyar a los capitalistas. Eso del camello y del hueco de una aguja, fué una simple parábola a la que no hay que tomar al pie de la letra. Por eso en la pasada campaña política Monseñor Chiarlo unificó a los curas costarricenses bajo el signo del cristianismo que era el partido en donde se habían agrupado casi todos los grandes cafetaleros exportadores. La consignación de la Iglesia Católica es luchar y perseguir al comunismo que va contra el derecho de la propiedad privada, al cual se acogen los capitalistas para mantener el cambio alto y explotar en las más criminales formas las fuerzas de su prójimo. Y Monseñor Chiarlo, hijo fiel y mimado de la Iglesia, cumplió bien su cometido en este país. Hay malas lenguas que aseguran que Monseñor Chiarlo fué echado de Perú o de Bolivia por meterse en política, pero ello bien podría ser una simple habladuría. Nadie se ha fijado en que Monseñor Chiarlo es un extranjero. En primer lugar es Representante de la Iglesia Católica y la Iglesia Católica es internacional y en segundo lugar los extranjeros pueden inmiscuirse en la política del país capitalista en que habitan, siempre que sea en apoyo del rico. M. Chiarlo rodaba por las carreteras en su auto caro y reluciente, zurdendo las partes despegadas y juntando las partes despegadas de la iglesia costarricense. Sus subalternos lo recibían con los mejores frutos de la tierra y las mejores aves de corral guisadas en salsas suculentas. El alto prelado era como una arañita del Vaticano que había venido a te-

jer su tela en este rincón del mundo, tela destinada a catar muchos votos en favor de un candidato capaz de proteger los intereses de los capitalistas, que son los intereses que convienen al gobierno de la iglesia. Y la vida costarricense está por el momento bien cogida entre los hilos de esa tela.

El mismo cura Rosendo Valenciano ha sido llamada al orden por haber dicho lo que no quedaba dentro de la lección que habíase enseñado Monseñor Chiarlo a los sacerdotes costarricenses. Seguimos recordando al padre Caballero al escribir esta nota. ¿Qué habría pensado el buen viejecito si le hubiese tocado también ver la llegada de Monseñor Chiarlo a Costa Rica? Porque como es natural, Monseñor Chiarlo fue recibido por nuestro gobierno como deben los gobiernos recibir a los Nuncios. El Nuncio es el funcionario diplomático que ocupa el primer lugar en la lista de los diplomáticos acreditados en Costa Rica.

Los Nuncios no son representantes de Cristo que era hijo de un pobre carpintero y que no andaba en la compañía de los grandes sino de unos pescadores humildes. Los Nuncios andan por el mundo representando al Papa, que es un gran señor y vive en un magnífico palacio. (Las manifestaciones de la pobreza no impresionan a los pueblos. Para conquistar a las multitudes ha habido que echar mano hasta el día del boato y de la riqueza.) Monseñor Chiarlo llegó a esta capital en carro de lujo agregado al tren especial; después fué conducido con "las debidas atenciones protocolarias" ante el Presidente de la República, rodeado de muy empingorotados personajes. Días después Monseñor Chiarlo recibió la noticia de que había sido ascendido en la escala diplomática, a embajador—si mal no recordamos dentro de nuestros pobres conocimientos en esta materia.—Lo que sí tenemos muy presente, porque no dejó de ser ridículo, fueron los aparos del Jefe del Protocolo, que no cuenta entre las reglas del ceremonial a su largo, con ninguna que le indique los pasos, saludos, sonrisas, etc. que hay que tener presente para recibir a un embajador, pues la lista de funcionarios diplomáticos acreditados en Costa Rica comienza por los Nuncios. Los embajadores quedan fuera de nuestro raquitico radio de acción. Para un embajador es muy poco escenario un paísito como Costa Rica, aun cuando sea un país al que se llama la Suiza americana y tenga un teatro parecido al de la Ópera de París. Sin embargo, en Relaciones Exteriores se informaron y Monseñor Chiarlo fué conducido a la Casa Amarilla en un pomposo auto rodeado—¡oh anacronismos!—por cuatro individuos vestidos de fantasía y montados en sedas y brillosos corceles.

dominada haga uso del sufragio para elegir sus propios diputados, la argolla dominante trata de quitarle ese derecho. Eso es lo que ya parece que va a suceder en Costa Rica. El pueblo ha llevado auténticos representantes suyos al Congreso y entonces se piensa ya en quitarle al Partido Comunista el derecho de ir a las urnas. Lo mismo ocurre con las otras conquistas democráticas. La libertad de prensa por ejemplo, es cierta para los ricos y no para el pueblo. Al pueblo difícilmente se le da cobija en los grandes periódicos para que denuncie los crímenes que con él se cometen, porque los grandes periódicos son sostenidos por los capitalistas y el pueblo tampoco puede tirar periódicos porque cuestan plata y porque cuando logra financiarlos el capital busca la manera de cerrar las puertas de las imprentas. La libertad de pensamiento, es también sólo verdad para el grupo dominante. En cuanto un maestro se toma la libertad de pensar en los crímenes que se cometen con el pueblo, se le laus al-

la calle. En cuanto un empuje público externa pensamientos contrarios a la política económica del capitalismo, también se va a la calle. En cuanto un simple trabajador demuestra simpatía por el comunismo, se le bloquea, se le niega el derecho a ganarse la vida, y se le pone en la alternativa de cambiar de ideas o de morir de hambre. Ya ve el señor Cortés que nada tienen que ver las medidas puramente políticas en el problema de las clases sociales. Pálpe el señor Cortés esa realidad en las figuras mediocres que van a sentarse en las mejores puestos de la administración mientras los hombres espaciados muerden el polvo. Y palpéis en este otro detalle: en el reportaje que venimos comentando, al fin y al cabo reconoce la existencia en Costa Rica de oprimidos y opresores. Y cuando habla de la manera de proteger a los primeros no se atreve a reconocer la necesidad de meter en cintura a los segundos, sino que declara paladinamente que todo eso se arregla a base de educación.